

1. Introducción

Este libro propone un recorrido por la crisis siria, sus causas internas y la decisiva intervención en la misma de potencias regionales y globales. También trata sobre la dimensión propagandística y militar de la crisis para concluir presentando la posible evolución de Siria en un futuro mediano teniendo siempre presente un factor clave de la sociedad siria: su genuino y arraigado carácter cultural interconfesional derivado de la presencia histórica en su territorio de múltiples manifestaciones religiosas. Un elemento este que se constituye en la fortaleza de Siria pero al mismo tiempo en su debilidad. Y así es porque en ese escenario caracterizado por acoger una pluralidad de religiones que institucionalmente interactúan entre sí y a través de sus miembros en la esfera social, la forma de interpretarlas y proyectarlas en el espacio público común no es compartida por todos. Hay sectores de la población, minoritarios, pero poderosos, que recurrentemente han presionado política y militarmente al Estado sirio para que deje de ser aconfesional y se convierta en uno confesional islámico suní, lo que choca con esa esencia social siria, la de una multiconfesionalidad que se manifiesta socialmente en códigos y comportamientos sociales cotidianos de tipo interconfesional. Una realidad que una vez superada la crisis iniciada en 2011 el Estado sirio deberá enfrentar para evitar la repetición recurrente de la misma.

Esa peculiar realidad interior siria no siempre ha sido reconocida ni interpretada adecuadamente desde el exterior, lo que

ha llevado a actores regionales y globales a tomar decisiones controvertidas a la hora de hacer avanzar sus agendas políticas en Siria y la región a la que pertenece. Acciones foráneas que a partir de 2011 exacerbaban temporalmente las contradicciones internas sirias pero que al estar desconectadas de la realidad no fueron del todo funcionales a unos intereses estratégicos más o menos explicitados. Así y al principio, los hechos sirios se incluyeron automáticamente en el homogeneizador pero poco clarificador marco de la «primavera árabe». Un eslogan periódico-propagandístico vacío de contenido y de postreras consecuencias trágicas para algunos de los países a los que desde fuera se encajó en esa definición. En el caso de Siria, y cuando se percibió que las cosas no iban a ser como en Túnez o incluso Egipto, donde al principio hubo movilizaciones populares con apenas unos conatos de violencia que supusieron la rápida caída de sus respectivos regímenes, los análisis externos empezaron a equiparar lo de Siria con el modelo libio (Salt 2012, 61). A mediados de 2011 en Libia ya se hablaba menos de una «primavera» obviamente incompatible con una intervención militar de la OTAN y un cambio de régimen mucho más violento que en Túnez o Egipto, al extremo de que el hasta entonces gobernante libio Muammar el Gadafi fue asesinado al borde de la cloaca en la que se había escondido, al parecer por miembros del llamado Consejo Nacional de Transición apoyado por EE UU y otras potencias occidentales. Su ejecución extrajudicial a sangre fría mientras imploraba clemencia pudo verse en todo el mundo gracias a las grabaciones de la misma que con sus teléfonos móviles hicieron sus verdugos. En Siria eso no ocurrió, aunque desde el principio algunos actores internos y externos trabajaron intensamente para ello.

Más tarde se empezó a definir lo de Siria invariablemente y sin matices como una guerra civil, concepto semánticamente controvertido y habitualmente utilizado o negado por los contendientes por fines puramente propagandísticos (Kalyvas, 2007, 416). El caso sirio es revelador en ese sentido. El Gobier-

no y en muchos casos quienes lo combatieron sobre el terreno desde 2011 nunca emplearon la etiqueta de guerra civil, optando por «guerra» sin más precisiones o yihad, concepto difícilmente compatible con el necesariamente territorializado de guerra civil. En un sentido estricto pero también práctico, en el caso de Siria la yihad siempre ha aspirado a la construcción de un califato no limitado a las fronteras de un Estado sirio que por otra parte los yihadistas no reconocen. De ahí que en 2014 el anteriormente llamado Estado Islámico de Iraq y Siria (EIIS) dejara caer de su nombre cualquier alusión territorial expresa para pasar a llamarse simplemente Estado Islámico (EI).

Para las potencias regionales y globales que desde el principio apoyaron a los grupos armados contrarios al Gobierno, sin embargo, la opción preferida desde muy temprana hora fue precisamente la de «guerra civil», aunque el conflicto sirio no necesariamente entrase en esa categoría. En tal sentido, y pese a la dificultad que Andersen, Berten y Jensen (2009) reconocen a la hora de definir con certeza qué es y qué no es una guerra civil, Sambanis (2004), Kalyvas (2009, 197) y Moro (2016) coinciden en que un elemento básico e imprescindible para hablar con propiedad de guerra civil es que la mayoría de los combatientes sean estrictamente locales y reclutados en el territorio en el que directamente se libra el conflicto.

En el caso de las fuerzas defendiendo al Estado sirio, la abrumadora mayoría han sido combatientes sirios, aunque también los ha habido libaneses de Hezbolá, iraníes y afganos de milicias chiíes, pero en cifras modestas frente al grueso de la fuerza estatal y milicias auxiliares locales, desde la Defensa Nacional pasando por la del Partido Social Nacionalista Sirio (PSNS) o alguna formada por los refugiados palestinos en Siria desde 1948 en adelante. Analistas especializados en el conflicto sirio como Robert Fisk o Patrick Cockburn² del medio británico *The Independent*, cons-

² <http://www.independent.co.uk/author/robert-fisk> y <http://www.independent.co.uk/author/patrick-cockburn> [Consulta: 17 de febrero de 2017].

tataron sobre el terreno que las bajas del Ejército Árabe Sirio se cuentan por decenas de miles, entre tropa profesional y soldados de conscripción. Las de la también puramente siria y reclutada a nivel local Defensa Nacional se cuentan igualmente por millares.

Frente a esas fuerzas y solo inicialmente, el llamado Ejército Sirio Libre (ESL), que legitimada por actores externos, en los años 2011 y 2012 fue la principal fuerza combatiendo al Estado sirio. Un grupo, sin embargo, que pronto se vio superado y limitado en su visibilidad por la aparición en Siria de yihadistas de todo el mundo, especialmente europeos, norteafricanos, chinos, turcos y centroasiáticos que se enrolaron en todo tipo de grupos. A mediados 2015 el centro de estudios y análisis Soufan Group establecía en cerca de 30.000 los yihadistas de 86 nacionalidades enrolados solo en el autodenominado Estado Islámico. Combatientes extranjeros a los que actores estatales foráneos también ayudaron más o menos abiertamente y que terminaron por condenar a la irrelevancia al ESL frente a opciones como Jabat al Nusra, la marca de Al Qaeda en Siria, el EI y los también yihadistas de Ahrar al Cham, Jeish al Islam, Jund al Aqsa, Harakat Nuredin al Zinki, Failaq al Rahman, Jorasán o coaliciones de varios de ellos, como Jeish al Fatah o Tahrir al Cham. Todas ellas también organizaciones con numerosos extranjeros en sus filas, como en muchos casos revela el gentilicio final añadido a los nombres de guerra de sus comandantes o simples combatientes: «el egipcio», «el libio», «el tunecino», «el francés», «el alemán», «el andalusí», «el turco», «el tayiko», etc. La facilidad con la que esos combatientes cruzaban las fronteras hacia Siria se expresó en la advertencia de la fiscal coordinadora contra el terrorismo yihadista de la Audiencia Nacional española. Dolores Delgado alertó que desde Iraq y Siria «más de 30.000 muyahidines (que) han vuelto a Europa desde las zonas de conflicto, convertidos en imames del terror» (Delgado 2017).

Por otra parte, la etiqueta de «guerra civil» aplicada al caso sirio choca en la práctica con el modelo arquetípico de guerra civil convencional establecido por Kalyvas (2009, 198), la Guerra Civil

Española (1936-1939)³, que tanto utilizaron los medios españoles pero también de otros países⁴ para aproximarse y referirse a la crisis siria (Sapag y Panagiotou 2017). Por ejemplo, el periodista y escritor Jorge Martínez Reverte en un artículo aparecido en el diario *El País* el 11 de mayo de 2014 y titulado «Dos mil brigadistas», comparó a los yihadistas de todo el mundo que fueron a Siria con los brigadistas internacionales que acudieron a España para combatir del lado de la República española en guerra⁵. En España hubo entonces dos gobiernos con más o menos reconocimiento internacional; dos fuerzas armadas equivalentes con capacidad de sostener frentes amplios y bien definidos; dos administraciones dotadas de todos los elementos para cumplir con las funciones básicas de un estado en cuanto a proveedor de servicios a la población y con capacidad de controlar suficiente territorio urbano y rural con continuidad de forma tal que se pudo homogeneizar la zona arrebatada al gobierno del Estado, tanto como la que estaba bajo el control de este.

Ninguno de esos elementos, sin embargo, se dio con claridad en Siria a partir de 2011. Por lo mismo la definición de «guerra civil» para encasillar el conflicto armado allí registrado parece responder, como la etiqueta de «primavera», más a un intento de legitimación propagandística que a la realidad. Etiqueta, en todo caso, de fácil promoción en los medios de comunicación frente a otras más académicas y matizadas, como la de «nueva guerra», que podría servir para definir en términos amplios e integradores

³ A poco andar la crisis siria, sin embargo, el propio Kalyvas (Balcells y Kalyvas 2013, 11) recurrió al equívoco paralelismo, lo que le llevó a pronosticar una duración de la misma superada con creces desde entonces, lo que desbarataría su propia asociación de un conflicto con otro.

⁴ Al Marashi, I. What the Spanish civil war can reveal about Syria. Al Jazeera, 30 de septiembre de 2016. <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2016/09/spanish-civil-war-reveal-syria160927053935205.html> [Consulta: 17 de abril de 2017].

⁵ Martínez Reverte, J. Dos mil brigadistas. *El País*, 11 de mayo de 2014. http://elpais.com/elpais/2014/05/08/opinion/1399549251_777294.html [Consulta: 17 de enero de 2017].

de su complejidad lo ocurrido en Siria. El concepto de «nuevas guerras» fue acuñado por Mary Kaldor (2007) y se contrapone en la amplitud de sus características a las «viejas guerras», las de la época de la Guerra Fría. Baros y Duran (2015, 12 y 27) sintetizan los requisitos que Kaldor exige para que un conflicto pueda entrar en esta categoría. Una multiplicidad y fraccionamiento de actores más allá de los puramente estatales; una causas muchas veces vinculadas al exacerbamiento de identidades de todo tipo, entre ellas las religiosas; unos métodos de combate asimétricos y terroristas; una financiación novedosa –secuestros, el tráfico de drogas y órganos, por ejemplo–; una internacionalización del conflicto a través de sus consecuencias humanitarias y militares lo cual hace que su marco geográfico termine siendo interestatal y, finalmente, un uso de la violencia caracterizado por un barbarismo no privativo del Estado. Todos esos elementos se dan total o parcialmente en el conflicto sirio por lo que Malantowicz (2013) considera que se ajusta a la categoría de «nuevas guerras», que trasciende al más propagandístico e incompleto de guerra civil.

El debate entre nuevas y viejas guerras, sin embargo, no está cerrado al haber autores como el propio Kalyvas (2001) que consideran que en el ámbito de los conflictos civiles muchas de las características observadas en las nuevas guerras ya estaban presentes en los conflictos armados de la Guerra Fría e incluso anteriores, como la Guerra Civil española. Un debate en el que más de una década después de acuñar el concepto de «nuevas guerras» la propia Kaldor (2013) intervino para defender la legitimidad y validez de su propuesta definitoria.

Junto a esa presión exterior en forma de relatos insuficientes si no interesados y discusiones académicas no del todo resueltas, la realidad de la propia Siria y unas características complejas y estructurales. Las mismas que a la hora de analizar lo ocurrido a partir de 2011 superan ampliamente ciertas reivindicaciones sociales, económicas y políticas más o menos coyunturales y legítimas y que solo inicialmente tuvieron relación tangencial con el estallido de la crisis en Siria.